

28 DE DICIEMBRE

Querido diario:

Acabo de darme cuenta de que el mundo de la publicidad se puede resumir en una palabra: «Mierda».

En efecto, la palabra que se esconde detrás de todos los eslóganes publicitarios, incluso los más famosos, como «Just do it» de Nike, «I'm lovin' it» de McDonald's o «Porque tú lo vales» de L'Oreal, es «mierda».

Se trata de conseguir que el cliente piense que esas zapatillas deportivas de cien dólares son mucho mejores que las de veinte dólares, a pesar de que están fabricadas con los mismos materiales. Se trata de hacer creer a la gente que el Big Mac es la hamburguesa más rica del mundo, aunque lleve demasiados alimentos procesados, esté algo seca y rezume esa sustancia de color rosa. Y, por último, pero no menos importante, se trata de conseguir que todas las mujeres piensen que usar el último lápiz de labios de L'Oreal y su rímel waterproof conseguirá que se parezcan a una celebridad famosa por sus ganancias millonarias.

Como directora de marketing de Statham Industries, la compañía de software número uno del país, tengo el privilegio de oír mierdas como esa todos los días. La empresa en la que trabajo produce móviles, portátiles, tablets..., etcétera, y cada producto necesita un lema inteligente, así como una campaña de promoción a lo largo de muchos meses antes de que lo lancen de forma oficial.

Mi trabajo consiste en asegurarme de que solo las campañas con las mejores ideas llegan al comité de aprobación, así que, en realidad, no debería enviar nada. Nunca.

Mi equipo está formado por universitarios recién graduados y futuros editores —Dios bendiga sus pobres y desgraciadas almas—; algunos tienen potencial, pero la mayoría son solo cabezas huecas. Cada vez que rechazo sus propuestas —llenas de notas escritas con tinta roja— se empiezan a quejar: «¿Por qué no puedes aprobarla? ¿Por qué no la envías de todas formas?». ¡Tengo un cum laude en el máster de Marketing!, y, al parecer, eso no significa nada en el mundo real.

Esos genios de los que hablo me han presentado los siguientes eslóganes para el próximo modelo de móvil de Statham Industries (que será el mayor competidor del iPhone), sPhone (porque la S va después de la I):

«EL NUEVO SPHONE. PORQUE PODEMOS».

¿Lo ves? Tengo que escuchar —¡y sin reírme!— este tipo de mierda durante horas y horas.

Para empeorarlo todo, el director general de la compañía —que nunca aparece en ningún sitio— no hace más que enviar memorandos sobre políticas empresariales sin sentido. Hace poco, por ejemplo, se le ocurrió dividir el aparcamiento por horas para conseguir que sus empleados regresen a casa lo más rápidamente posible, aunque la verdadera razón es para que nadie haga horas extra, ya que los coches que permanecen aparcados son retirados por la grúa cuando exceden en más de quince minutos el tiempo estipulado.

¿No es ridículo?

También se le ha ocurrido pagar dos millones de dólares a un idiota para que hable con todos los empleados de la compañía, un imbécil que ha prohibido las bolsas de cacahuetes y las galletas energéticas para impulsar la creatividad de los trabajadores.

Ahora tenemos que asistir semanalmente a sesiones zen, asistir a grupos de terapia mensualmente y pasar al menos treinta minutos al día escribiendo en el «Diario zen», es decir, en ti.

Sí, puedes creerlo o no, pero casi acabas en la basura hace unos segundos, con el resto de esa inútil mierda zen. Sin embargo, algo me ha impulsado a reconsiderar la idea una vez que he hojeado tus páginas vacías..., así que he decidido utilizarte como dispositivo terapéutico.

Te odio, y odio también mi patética carrera profesional.

Claire.

P. D.: Te juro que por lo general no maldigo tanto..., al menos a propósito...

1

CLAIRE

Mi reflejo me mentía.

Me mostraba a una mujer feliz con brillantes labios rojos y sombra de ojos color coral. Una mujer que parecía que acababa de ganar la lotería, no una con el corazón roto que llevaba los cuatro últimos años tratando de rehacer su vida.

«No aparentas tu edad... No aparentas tu edad...».

Casi podía indicar hasta dónde iban a llegarme las arrugas, por dónde se multiplicarían los pliegues de los párpados mientras se extendían sin parar; por dónde se me diluirían los labios y se me disolverían en la boca. Hasta ahora había tenido suerte, pero estaba segura de que solo era gracias a las múltiples cremas antienvjecimiento y antiarrugas que me aplicaba desde hacía tiempo.

En dos semanas cumpliría cuarenta años, y estaba empezando a mostrar todos los síntomas de una crisis de mediana edad. Comenzaba a cuestionarme todo lo que había hecho en mi existencia, comparándome con mis amigas, mientras me preguntaba si volvería a encontrar más satisfacciones a lo largo del camino. Incluso había escrito una lista con todo lo que tenía que hacer cuando fuera mi próximo cumpleaños:

- 1) Esbozar un plan para dejar mi trabajo en cinco años y seguir mi carrera soñada: diseñadora de interiores.*
- 2) Cancelar todas las tarjetas de crédito y ponerme a pagar unas cuotas más altas de la hipoteca.*
- 3) No leer tantos libros románticos...*
- 4) Ahorrar lo suficiente para llevar a mis hijas a un crucero de una semana en verano.*
- 5) Dejar de buscar posibles arrugas y líneas de expresión y pasar de la idea de ponerme bótox.*
- 6) Limpiar mi casa de arriba a abajo y mantenerla en ese estado.*
- 7) Dejar de echarme la culpa del divorcio.*
- 8) Dejar de odiar a mi ex mejor amiga por formar parte del asunto...*

9) *Descubrir un restaurante nuevo cada mes.*

10) *Aprender a ser feliz en soledad.*

—¡Claire, espabila! ¡Vamos a llegar tarde! —me gritó mi amiga Sandra desde la cocina.

—¡Ya voy! —chillé, cogiendo la chaqueta antes de bajar las escaleras.

Me eché un último vistazo en el espejo del pasillo y maldije entre dientes. No podía creerme que me hubiera dejado convencer por Sandra para asistir a otra fiesta para solteros. Nunca conocía a nadie con el que mereciera la pena perder el tiempo en esas cosas, y el fétido olor de la desesperación siempre flotaba en el aire.

—¡Estás estupenda! —me dijo Sandra mirando mi vestido negro con escote palabra de honor—. ¿Te puedo pedir prestada tu ropa?

—Solo si yo te puedo pedir prestada tu vida...

Puso los ojos en blanco e ignoró mi pesimismo, como de costumbre.

—Esta noche es la noche, lo presiento. Hoy conocerás al hombre perfecto.

«Siempre dice lo mismo...».

—Sands, ¿de verdad es obligatorio que vayamos? Tengo que mirar algunas cosas del trabajo y...

—¿El día de fin de año?! ¿Es que te has vuelto loca? ¡Vamos a salir!

—¿Por qué? Hemos asistido a un montón de fiestas así y siempre es lo mismo... ¿No podemos quedarnos en casa, beber un poco de vino y charlar?

—Claire... —La miré mientras se dirigía a la puerta—. Vamos a salir —repitió, abriéndola—. Ahora. No tienes trabajo que hacer, y lo sabes. Y te toca conducir a ti, así que vamos.

Me acerqué al bufé libre y me puse algunos *chips* vegetarianos en el plato. Leí el letrero que se balanceaba sobre la barra con un suspiro:

«FIESTA DE FIN DE AÑO PARA SOLTEROS. PERMITE QUE LA MAGIA FLUYA».

Sin tener en cuenta aquel mensaje tan ñoño, el interior del Pacific Bay Lounge dejaba mucho que desear: las mesas eran tablas de surf,

había viejos bancos de jardín por doquier y del techo colgaban sucias banderillas de colores azules y verdes para que parecieran olas.

El salón era inmenso, aunque no suponía una sorpresa, ya que la gente que se sentía sola acostumbraba a acudir a este tipo de eventos. Estaba tan hecha a ellos que me había convertido en una buena lectora de actitudes: el tipo que había junto a la ventana tenía por lo menos sesenta años, aunque el tinte que debía de llevar echándose más de veinte años comenzaba a pasarle factura; era evidente que la mujer que bailaba al lado de los altavoces acababa de divorciarse, pues todavía usaba la alianza y se tomaba un trago cada vez que el *DJ* gritaba: «¡Un brindis por todas las solteras!».

Había estado en su lugar, de hecho.

Los asientos que había delante de las ventanas de la pared del fondo estaban ocupados por tímidas mujeres que no hacían más que atusarse la ropa y el pelo como si fueran nerviosas alumnas de secundaria. La mayoría se obligaba a estar allí, y seguramente no habían disfrutado de una relación plena y funcional en su vida.

Cogí dos cervezas que había en el extremo de la mesa y ocupé un sofá vacío, desde donde contemplé cómo un hombre intentaba invitar a bailar, con poca fortuna, a una de aquellas mujeres.

—¿Está ocupado este asiento? —Me olvidé de la pareja para estudiar al magnífico ejemplar masculino de ojos grises que me sonreía amablemente.

—No. No lo está.

—¡Genial! —Se sentó y puso su cerveza sobre la mesa—. Me llamo Lance. ¿Cómo te llamas tú?

—Claire. Claire Gracen.

—Bonito nombre. ¿Cómo te ganas la vida, Claire?

—Soy directora de marketing de una empresa de *software*. ¿Y tú? Pasó el dedo por la etiqueta de la botella.

—Poseo una compañía de cerveza, Leyland Beers. Está en Nevada.

—Impresionante... —comenté—. ¿Y qué haces exactamente para...?

—Si no te importa que te lo pregunte —me interrumpió—, ¿cuál es tu edad?

«Agg..., allá vamos».

—Treinta y nueve años, ¿y la tuya?

—Guau... —Me miró de arriba abajo—. La mía, cuarenta y siete. ¿Tienes hijos?

No pude reprimir la sonrisa.

—Dos hijas. ¿Y tú?

—No, yo no. Sin ánimo de ofender, la vida es demasiado corta para perder el tiempo así. ¿Puedo llamarte alguna vez?

«¿En serio? ¿Así funciona todo hoy en día? ¿Edad? ¿Hijos? ¿Número de teléfono? ¿Es que el arte de conversar ha muerto?».

—Sí, claro... —Me obligué a sonreír—. Esto es...

—Espera, ¿qué edad tienen tus hijas? ¿Están con una canguro esta noche o son adolescentes que te roban cervezas de la nevera mientras te diviertes? Prefiero ser sincero contigo: no busco nada serio, y las mujeres con hijos tienden a ser más...

—¿Sabes qué? —me levanté—. Necesito ir al cuarto de baño. Vuelvo enseguida.

Pasé entre la multitud para ir a la terraza exterior, donde muchos de los asistentes disfrutaban viendo las olas del Pacífico. Respiré hondo para inhalar el salado aire marino, lo único a lo que todavía no me había acostumbrado desde que me había mudado a la Costa Oeste.

Cuando miré por encima del hombro, vi que Sandra estaba hablando con un tipo al que le tocaba el hombro burlescamente mientras se mordía el labio. Me pilló observándola y me hizo señas para que me acercara. Me pareció leerle en los labios «¡Tiene un amigo!».

Volví la cabeza al tiempo que ponía los ojos en blanco.

—No me parece que te lo estés pasando muy bien —dijo una voz ronca a mi lado.

Ni siquiera me molesté en mirarlo. No quería entablar más conversaciones inútiles ni sufrir presentaciones estúpidas. Solo quería irme a casa.

Suspiré.

—Treinta y nueve años. Cuarenta dentro de dos semanas, hace cuatro años que me he divorciado y soy la madre de dos hijas adolescentes.

No dijo nada más, y cuando me volví hacia la izquierda, vi que se había alejado y que estaba en mitad de la terraza.

Tomé otro sorbo de cerveza antes de negar con la cabeza. Sabía que ahuyentar a mis posibles pretendientes no me beneficiaba en absoluto, pero no podía evitarlo. Todavía no había asimilado que estuviera soltera de nuevo.

Mi vida era perfecta hacía solo unos años; un matrimonio de catorce años con un hombre que yo pensaba que me amaba, un pre-

cioso hogar en un acogedor barrio en las afueras de Pittsburgh, una carrera meteórica... Y todo terminó de golpe y porrazo. Se había roto del todo. No había posibilidad de arreglo.

Se había destrozado, se había acabado para siempre, y yo era la que había salido más arruinada...

Le envié a Sandra un mensaje de texto mientras iba hacia el aparcamiento, al tiempo que rechazaba numerosas ofertas para bailar.

—¡Eh, eh, eh...! —Sandra entró en el vehículo y cerró la puerta—. ¡Solo llevamos aquí veinte minutos! ¿Ni siquiera quieres quedarte hasta que sea la cuenta atrás de Año Nuevo?

—No.

—¿Por qué? ¿Qué te pasa? He visto al tipo con el que hablabas. ¡Era muy guapo!

—Mira, Sands, ya no tengo veinte años. No puedo seguir acudiendo a estas fiestas como si esperara conocer al amor de mi vida. Ya lo conocí, ¿recuerdas? —Se me quebró la voz—. Y no funcionó...

Me apoyé en el respaldo y me obligué a tragar el nudo que notaba en la garganta.

La idea de haber perdido a mi marido por mi mejor amiga todavía me dolía. Había pasado tiempo desde el divorcio, pero el dolor continuaba despertándome algunas noches, se colaba en mis sueños y me golpeaba el corazón como un martillo gigante.

—Estás pensando en Ryan y Amanda, ¿no? —Me tendió un pañuelo de papel—. Tienes que dejar de hacerlo. No fue culpa tuya.

—¿Cómo pude estar tan ciega? —Empecé a llorar—. ¡Le abrí la puerta de mi casa! ¡Le confié a mis hijas! ¡Me fie de los dos!

—Lo siento mucho, Claire...

Mi matrimonio con Ryan Hayes había sido un cuento de hadas, al menos para mí. No me malinterpretéis, no es que fuera perfecto, pero hubo más días increíbles que días buenos, y más días buenos que normales... Y apenas había días malos.

Ryan era todo lo que siempre había querido en un hombre. Era atento y servicial, prudente y compasivo, y siempre recordaba las pequeñeces que me hacían feliz: el café caliente los días de lluvia que pasaba escribiendo en el despacho, una manta caliente cuando me quedaba dormida frente a la chimenea, las galletas de virutas de chocolate y los caramelos que tanto me gustaban esos días del mes...

Cada vez que volvía del trabajo, me traía una rosa roja y me besaba como si le fuera en ello la vida. Me animaba a ir al spa del club de campo una vez al mes mientras se ofrecía para cuidar de las niñas. Incluso me había sorprendido algunas veces llegando pronto a casa y haciendo la cena para todos.

Era mi roca. Mi alma. Mi todo.

Sinceramente, pensaba que nuestro amor era eterno, que yo era una de esas afortunadas que podría defender ese mantra de «Hasta que la muerte nos separe».

Sin embargo, en algún momento, cuando llevábamos tres años de matrimonio, Ryan empezó a cambiar.

Comenzó a volver a casa cada vez más tarde. No dejaba el móvil ni a sol ni a sombra; se mostraba reservado y a menudo contestaba llamadas en otra habitación. Era más evasivo, y cada vez que había que ir al supermercado, se ofrecía como voluntario.

Al principio, pensé que aquellas noches tenían que ver con el nuevo ascenso a socio en el bufete de abogados, y que el apego repentino al teléfono se debía a que quería estar alerta ante posibles llamadas urgentes de clientes. No podía entender por qué quería ir siempre al supermercado, ya que detestaba ir a la compra, pero aproveché la ocasión para no tener que hacerla yo.

Me dije que seguramente quería ser un marido ejemplar, y yo empleaba ese tiempo libre para pasar el rato con mi mejor amiga desde el instituto: Amanda.

Amanda, que con su vivaz personalidad podía conseguir que sonriera hasta la persona más hosca. Su espeso pelo castaño y su cuerpo tonificado podían competir con la mayoría de los adolescentes, y su amor por la literatura era tan inmenso como el mío.

A los treinta y cinco años todavía estaba tratando de tener su primer hijo con Barry, su marido. Habían intentado todo, menos utilizar a un donante de semen, pero no habían perdido la esperanza.

Cada tratamiento de fertilización in vitro había llegado acompañado de más viajes al centro comercial en busca de patucos, baberos, ositos de peluche que añadir a la colección que tenía en casa y muchas frases para asegurar a los médicos que estaban equivocados e iba a traer un niño al mundo.

Así que, cuando por fin me llamó una tarde para decirme que por fin estaba embarazada, suspendí la barbacoa familiar y puse la casa a su disposición para celebrar la magnífica noticia.

Seis meses después, Barry me llamó mientras salía del trabajo. Hablaba tan rápido que apenas podía distinguir las palabras.

—¿Barry? —Traté de sonar tranquila—. No puedo... No puedo entenderte... ¿Estás llorando? ¿Le ha pasado algo a Amanda? ¿Se encuentra bien? ¿Le ha pasado algo al bebé?

—El bebé... —empezó, pero luego se mantuvo callado un rato—. El bebé... El bebé no es mío. No es mío...

—¿Qué? Barry, no seas ridículo. Los dos lleváis mucho tiempo intentando tener un bebé. Estás poniéndote nervioso porque se acerca la recta final. Vas a ser un padre fantástico...

—En mayo estuve en Texas. Solo pudimos acostarnos una vez durante ese mes... Como mucho.

Me quedé inmóvil, recordando.

Amanda se había quejado de lo poco que Barry estaba en casa debido a su trabajo. Barry había sido degradado, y lo habían puesto a cargo del trabajo más incómodo negándole también que pudiera asistir a través de un chat de vídeo a las reuniones que se realizaban fuera del estado.

Me acordé de que ella había llorado por lo sola que se sentía, que pensaba que Barry no estaba tan comprometido como ella a tener un bebé propio, porque estaba empezando a hablar de adoptarlo.

Sin embargo, me negaba a creer que el bebé de Amanda no fuera suyo. ¿De quién iba a ser?

—Barry, creo que estás un poco paranoico... ¿Esa única vez no podría haber dado sus frutos? Creo que deberías llamarla y discutir esto con ella. No creo que haya razón para...

—No es mío —volvió a gemir—. Nos vemos en el Marriott que hay cerca de tu trabajo. Sé que piensas que sois grandes amigas, pero tengo que enseñarte algo.

—Vale... —Cuando colgué, llamé a Ryan.

—Hola, nena —susurró—. Estoy en una reunión. ¿Qué pasa?

—¿Puedes recoger tú a las niñas de la clase de baile?

—Sí, sin problema. ¿Ha ocurrido algo?

—No, es que... —Estaba a punto de decirle que Barry me había llamado llorando por Amanda, pero algo me dijo que no lo mencionara—. Tengo pendientes algunos recados y no podré recogerlas a tiempo. Eso es todo.

—Vale, cariño. Nos vemos en la cena.

Cuando llegué al vestíbulo del Marriot, Barry lanzaba monedas al pozo de los deseos, lanzando miradas asesinas a cualquiera que se atreviera a fijarse en él.

Tenía los ojos hinchados y rojos, yapestaba a humo y alcohol.

Le puse la mano en el hombro, y se dio la vuelta, lleno de rabia. Al verme, suavizó la mirada antes de abrazarme con fuerza.

—Gracias a Dios que estás aquí... Ven conmigo...

Me hizo un gesto para que lo siguiera al interior del exclusivo salón del hotel y pedimos una botella del vino más caro del menú. Negó con la cabeza varias veces, entre suspiros.

—Claire, nunca me ha gustado el vino. —Se llenó la copa hasta que casi rebosó—. Siempre ha sido cosa de Amanda. Yo siempre he pensado que sabía a mierda. Cuanto más caro, peor sabe.

«Está ido... Sabía que debía haber llamado a Amanda de camino aquí... Iré al cuarto de baño para llamarla...».

—Barry, voy a ir al...

—Fue ella la que insistió en servir esta marca en nuestra boda. ¿Lo sabías?

Negué con la cabeza.

—Pues sí. —Bebió un sorbo y lo paladeó—. Chateau Trota-noy, 1975, vino de Burdeos... Y sigue siendo igual de repugnante que el día que me casé con ella.

—Barry...

—Por eso me parece tan apropiado tomarlo ahora, sobre todo porque mañana por la mañana pediré el divorcio.

«¿Qué?».

—No me siento cómoda oyendo esto... —Me puse de pie—. Debes irte a casa y hablar con...

—¿Con mi esposa? ¿Mi egocéntrica y mentirosa esposa a la que le importo una mierda? No. —Sacó un sobre del bolsillo de la chaqueta y me lo tendió—. Hace semanas contraté a alguien para que la siguiera, para que averiguara dónde cojones pasaba el tiempo.

Me senté de nuevo y abrí el sobre para sacar un montón de fotografías. En algunas estaba comprando en diversas tiendas, conmigo o asistiendo a clases de preparación al parto.

Dejé el montón de fotos sobre la mesa, boca abajo.

—Vale. Tienes que escucharme. Lo cierto es que no creo que...

—Yo tampoco pensaba que fuera cierto. Es decir, el detective siempre traía las mismas fotos, semana tras semana. Estaba en casa, en tu casa, de compras. Cosas inocuas aparentemente, y casi le dije al hombre que lo dejara. Pensaba que estaba paranoico. Pero un día, a la hora de la cena, hablamos de ti. Le pregunté si te gustaba ser directora de marketing freelance, si no sería mejor que trabajaras en una agencia de publicidad. Entonces me dijo que hacía años que estabas en Cole & Hillman, donde trabajabas más de sesenta horas semanales. Así que empecé a mosquearme... Si tú no estabas en casa durante el día, ¿a quién iba a ver allí Amanda? No podía ser a tus hijas, que estaban en el colegio. Así que...

Tardé varios minutos en comprender lo que trataba de insinuar. Y todavía algunos más en asimilar una afirmación tan ridícula.

—No. —Negué con la cabeza—. No..., es imposible. Seguramente hay una explicación perfecta para eso. —Volví a coger las fotos para echarles otro vistazo.

Todas eran situaciones circunstanciales. Por ejemplo, el coche de Amanda aparcado delante de mi casa; pero le encantaba pasear por el barrio y, a menudo, dejaba allí el coche para hacer una de sus caminatas. Había algunas fotos en las que caminaba cerca del Hot Metal Bridge bajo la lluvia, o en las que estaba sentada en un banco sola, seguramente llorando porque Barry no estaba en casa otra vez. Pero luego había fotos de Ryan, mi Ryan, sentado a su lado en ese banco. Besándola en ese banco.

Había fotos de sus coches aparcados delante del Hilton de Greentree, una ciudad cercana; imágenes en las que ambos paseaban por el parque de la mano, y otras en las que se los veía manteniendo relaciones sexuales a través de las ventanas abiertas de mi habitación.

«La fecha es de ayer mismo...».

Barry me cogió una foto de las manos.

—Yo mismo fui al Hilton... Los seguí en un taxi. Esperé más de treinta minutos antes de entrar, y me hice pasar por su hermano. Engatusé a la recepcionista diciendo que mi hermana siempre me decía que era un hotel muy bonito, y que lo solía utilizar para realizar algunas escapadas. ¿Quieres saber lo que me dijo la empleada?

—No. —Las lágrimas corrían por mis mejillas.

Tomó otro trago de vino.

—Te lo voy a decir de todas formas —dijo con irritación—. «Oh, sí..., su hermana lleva más de un año viniendo por aquí —imitó una voz femenina—, charlamos siempre que viene. Le encanta nuestro servicio de habitaciones». Más de un año, justo delante de nuestras narices...

Se puso rojo y negó con la cabeza.

—Quería subir y enfrentarme a ellos, pero sabía que si los veía en ese momento los mataría a los dos. No puedo fingir que no lo sé, Claire. No puedo pretender ser feliz con un bebé que no es mío. Así que cuando he conseguido hoy esas últimas fotos, me he decidido a actuar... He contratado a un abogado, y pienso decírselo todo a ella esta noche. Solo quería que supieras la verdadera razón antes de que te mienta como me ha mentado a mí. —Golpeó la mesa con un puño.

Miré las fotos una vez más, con la esperanza de que mis ojos me estuvieran jugando una mala pasada, de que no fuera realmente mi marido, mi mejor amigo, el que aparecía en esas imágenes, rezando para que no fuera más que una pesadilla.

Pero las fotografías no mentían. Era cierto.

—Por nuestros fieles cónyuges. —Barry sirvió otra copa de vino y, prácticamente, me obligó a bebérmela.

Tenía razón, el vino era asqueroso, pero no tan repugnante como lo serían las semanas siguientes...

—De acuerdo, Claire. —Sandra me hizo un gesto para que nos cambiáramos de asiento—. Vámonos a casa.

1,5

CLAIRE

En verano ya estaba divorciada, pero no sabía qué hacer de mi vida. Todo lo que conocía, todo lo que era, estaba entrelazado con Ryan. Era una gran parte de mí, un pedazo de mi identidad, y no sabía cómo demonios vivir sin él.

Quería comportarme igual que la protagonista de esa película, *Come, reza, ama*: viajar por el mundo tratando de encontrarme a mí misma mientras probaba nuevos alimentos, absorbiendo otras culturas y follando de forma imprudente con un joven y guapísimo brasileño. Sin embargo, sabía que era imposible: tenía deudas, me aterraba ir en avión y si estaba demasiado tiempo sin ver a mis hijas acabaría loca.

Así que opté por dar largos paseos por el parque, caminatas en las que solía terminar acurrucada contra una roca, sollozando hasta que me dolían los costados.

Por mucho que intentara fingir que estaba bien, siempre había algo que desencadenaba un recuerdo de mi matrimonio fallido: una pareja joven jugando con sus hijos en el parque, un vendedor de flores ofreciendo rosas rojas, un grupo de universitarios con sus camisetas de la universidad de Pittsburgh...

Me puse a leer libros sobre cómo superar un divorcio, esperando que eso me inspirara o iluminara, pero solo me hicieron sentirme más deprimida. Empecé a salir con amigos, pensando que eso me distraería de mi agonía, pero parecían más interesados en compadecerme.

Después de meses llorando sin parar, decidí enfrentarme al dolor por fases.

Pasé la «fase del helado de menta y chocolate viendo al doctor Phil», en la que me sentaba a ver cómo el famoso médico despedazaba a las parejas infieles. Grabé todos los programas y me los puse una y otra vez. Incluso llegué a imitar el tono de su voz cuando decía: «¿Por qué has hecho eso?», y me recompensaba con una cucharada cuando no gritaba «¡Mentirosos!» al ver al marido culpable tratando de justificarse.

Luego atravesé la «fase de los grupos de ayuda para divorciados», donde probé a conectar con otras mujeres en mi situación en la iglesia local. Era una especie de Alcohólicos Anónimos, pero, para mi sorpresa, mucho más deprimente. Ninguna de esas mujeres era capaz de hilar dos frases seguidas sin sollozar; y, cuando me tocaba a mí, me sentía demasiado entumecida para hablar.

Tenía planeado terminar esa fase algunas semanas después, pero al finalizar una sesión en particular, el terapeuta me dijo que no regresara. Al parecer, había notado que cada vez que una de aquellas afligidas divorciadas me pedía una sugerencia sobre qué camino seguir con un exmarido, siempre le decía: «Deberías matarlo».

Supuse que mi tono seco y la expresión seria con que hablaba les impedía darse cuenta de que estaba de broma.

Incluso tuve una fase «Soy una mujer, escucha mi grito», donde tomé las siguientes decisiones drásticas:

- 1) Cortarme el pelo, que llevaba por la cintura, a la altura de los hombros.*
- 2) Fumar, un hábito que me duró solo un día.*
- 3) Hacerme un tatuaje con la fecha de mi libertad (es decir, la de mi divorcio) en el pie y agujeros en las orejas, a los que, ya en la tienda, acompañé con un piercing.*
- 4) Cantar himnos feministas cada vez que me subía al coche, estaba trabajando en el despacho o limpiando la casa. (Estoy segura de que fueron mis hijas las que destrozaron el CD de Shania Twain...).*
- 5) Vender todas mis posesiones mundanas; salvo el televisor, el lector electrónico, el iPod y...*

Vale, solo me deshice de lo que pertenecía a Ryan.

Mientras atravesaba esas fases, mi carrera como directora de marketing para Cole & Hillman Asociados sufrió de una forma brutal. Un producto del último cliente se acabó llamando «Infidelidad», e insistí en que usaran la frase «Algunos votos están destinados a romperse».

Pero hasta que no me pasé un día entero llorando en un baño público, no me di cuenta de que tenía que cortar con todo.

Tenía que marcharme. Tenía que seguir adelante.

Así que dejé mi trabajo, saqué a mis hijas del colegio y metí todas mis pertenencias en el SUV. Utilicé parte del dinero que recibí por el

divorcio para trasladarme desde Pittsburgh a la ciudad natal de mi madre. San Francisco, California.

Compré una pequeña casa en un barrio pintoresco, en lo alto de una cuesta. Vi varios programas de HGTV y terminé varios proyectos de mejora de mi hogar como terapia, como una forma de mantener mi mente ocupada: me deshice de la moqueta y la sustituí por suelo de madera y elegantes azulejos. Pinté cada habitación de un color: marrón topo suave, marfil, café con leche, rojo inglés...

Durante los tres meses que duró la mudanza, tuve numerosas entrevistas de trabajo, pero me seleccionaron pocas veces. Cuando fui consciente de lo limitadas que eran mis opciones, acepté a regañadientes un trabajo como directora de marketing en Statham Industries, con un importante recorte de sueldo en relación con mi empleo anterior.

Me dije que ganar menos dinero no era, necesariamente, una mala cosa, sino algo diferente, y eso era lo que necesitaba para seguir adelante.

A pesar de que nunca me había dado por correr, empecé a levantarme temprano y me obligué a salir a hacer *footing*. Al principio solo hacía un kilómetro, hasta que, por fin, llegué a recorrer cinco.

Me corté el pelo todavía más, al estilo Bob. Además, reservé dos días al mes en un salón de belleza, algo que siempre había soñado hacer pero para lo que nunca encontraba tiempo. Incluso me compré ropa nueva, para sustituir mis conjuntos negros por blusas de seda, faldas tubo, vestidos y trajes de colores.

Un día, mientras estaba de compras, conocí a una mujer, Sandra Reed. Era una de esas personas con una personalidad agradable y optimista, alguien en quien sentí al instante que podía confiar, contarle cualquier cosa. Estaba segura de que su carrera como psiquiatra tenía algo que ver en ello.

Cuando meses más tarde le conté la verdadera razón por la que había huido a San Francisco, insistió en que empezara a ir a terapia. Para que no afectara a nuestra amistad, me recomendó a uno de sus compañeros de clínica, que me atendió de forma gratuita.

Sandra siempre me animaba a salir, a intentar conocer hombres en las fiestas para solteros; según ella, no podía encerrarme en casa. Sin embargo, después de cuatro años en San Francisco, todavía no había superado el divorcio.

No creía que muchos hombres estuvieran interesados en una divorciada de treinta y muchos, y dudaba que nadie pudiera curar las heridas que me habían infligido Ryan y Amanda.

2

JONATHAN

«Dios, qué sexy es...».

Estaba en una cena de negocios con algunos de mis socios cuando vi a una pelirroja preciosa en la terraza del Pacific Bay Lounge.

Era impresionante. El vestido corto de encaje negro se ceñía a su cuerpo curvilíneo en los lugares correctos, y me moría por ver qué había debajo de ese escote palabra de honor.

El brillante pelo estaba recogido a un lado, con algunos rizos sueltos que apenas le rozaban los hombros, y sus ojos verdes refulgían bajo las luces parpadeantes que colgaban sobre su cabeza.

—¿Señor Statham? —El abogado me arrancó de mis pensamientos—. ¿Cuándo quiere repasar esa propuesta?

—El martes por la mañana. Me da la impresión de que me va a llevar mucho tiempo ordenarlo todo. No puedo creer que no quieran fusionarse; van a perder mucho dinero con una compra.

Él se encogió de hombros.

—Yo tampoco puedo creérmelo, pero podría ser una jugada para comprobar su grado de compromiso. Nos vemos el martes.

—De acuerdo. Que tengas una buena entrada de año.

—Nos vemos en la oficina. —El resto de los asociados me estrecharon la mano antes de alejarse.

Me volví de nuevo para observar a la diosa pelirroja, pero no estaba a la vista.

¿Había soñado? ¿Cuánto había bebido esa noche?

Recorrí el muelle con la mirada y... allí estaba ella. Se había alejado algunos metros.

La observé mientras acercaba a los labios la cerveza que le habían servido en la barra y suspiraba, y me pregunté si habría ido a la fiesta sola.

—Creo que las cosas han resultado bastante bien. —Vanessa, una de mis consejeras de confianza, esbozó una sonrisa—. Sabes llevar muy bien las conversaciones, lo que es muy bueno para Statham Industries.

—No me lo agradezcas aún. Todavía tenemos que cerrar el trato.
—Me puse en pie—. Gracias por venir, no podría haberlo hecho sin ti.

—¿Te marchas ya? ¿No te apetece quedarte a tomar unas copas conmigo? Estamos en fin de año y no tengo a nadie al que besar cuando sea la cuenta atrás...

—Vanessa, ya hemos pasado por esto. Sabes que no salgo con empleadas.

La vi poner los ojos en blanco.

—No puedes considerarme una empleada sin más. Me siento en el consejo.

«Peor me lo pones...».

—No mezclo negocios con placer. No es un cliché. Además, no quiero que las cosas se compliquen entre nosotros.

—No se complicarán... —Se acercó para ponerme la mano en la cara—. Seríamos perfectos juntos, y lo sabes...

Suspiré. Había química entre nosotros y habíamos llegado a besarnos en el despacho varias veces a lo largo del último año, pero siempre me apartaba. A pesar de que era muy guapa —larga melena rizada de color castaño, ojos azules y un cuerpo increíble—, faltaba algo, y no sabía qué era.

«Quizá no sea nada... Tal vez debería darnos una oportunidad, después de todo... Somos compatibles y...».

Por el rabillo del ojo, noté que la pelirroja se movía por el muelle de nuevo.

—Vanessa, nos vemos en la próxima reunión. —Rodeé las mesas de la cafetería mientras escudriñaba por encima del hombro cada pocos segundos para asegurarme de que la pelirroja seguía allí.

Corrí hacia las puertas del Pacific Bay Lounge y entré. Me detuve para mirar a mi alrededor. Había un letrero que anunciaba la fiesta, así como servilletas en las mesas que decían:

«FIESTA PARA SOLTEROS. PERMITE QUE LA MAGIA FLUYA».

Era evidente que la mayoría de las personas presentes tenían una edad comprendida entre los cuarenta y los cincuenta. Algunos de ellos incluso llevaban sombreros de fiesta con su edad escrita en purpurina brillante. También había alguna gente más joven aquí y allí, pero eran las personas que sostenían las bandejas o limpiaban las mesas.

«La mujer que he visto no era una cuarentona..., ni de coña».

Salí a la terraza que daba a los muelles para estudiar el lugar. Luego, apoyándome en la barandilla, miré a ambos lados.

Ella había desaparecido.

Me paseé por la terraza de un lado a otro, buscándola sin rumbo para intentar encontrarla. Cuando volví a entrar, vagué entre la multitud, pero la mujer no estaba por ninguna parte.

—Hola. —Una mujer me puso la mano en el hombro, lo que hizo que me girara—. ¿Qué te trae por aquí esta noche? —ronroneó.

Era una mujer atractiva, de unos cincuenta años, y, por la forma en la que me observaba, le gustaba llevar la voz cantante.

—Buenas noches. —Sonreí—. Estaba intentando encontrar a alguien.

—Pues ya lo has hecho. —Me acarició el pecho con la mano al tiempo que me miraba a los ojos.

«¡Oh, Dios mío...!».

—Mmm...

—Si no te interesaran las mujeres mayores, no estarías aquí. —Subió más la mano y me la pasó por el pelo—. Las jovencitas no saben cómo tratar a un hombre, ¿verdad? Pero yo sí lo sé. Deberíamos marcharnos antes de que alguien se fije en ti... ¿Vamos a mi casa?

Iba a rechazarla, pero contuve el aliento al sentir que bajaba la mano a mis pantalones. Se la cogí con suavidad para retirársela.

—No he venido aquí para... De verdad, estoy buscando a una mujer en concreto.

—¡Oh, Dios mío! Lo siento —jadeó—. Pensaba que... Lo siento muchísimo. —Parecía avergonzada.

—Si te sirve de consuelo —dije mientras me recolocaba los pantalones—, eres muy atractiva, y estoy seguro de que pronto encontrarás al tipo perfecto.

Antes de que pudiera responderme, me di la vuelta y salí de allí.

Entré en el despacho del director de seguridad.

—¿Ya estás aquí otra vez? —dijo Corey, mi mejor amigo, poniendo los ojos en blanco mientras yo cerraba la puerta—. ¿Qué se supone que debo hacer por ti ahora? ¿Acosar a alguna mujer que has visto?

—Yo no acoso a nadie.

—Llámalo como quieras, pero es ilegal. Sin embargo, como, según tú, ha sido amor a primera vista, supongo que puedo hacer una excepción.

—Para empezar, no es amor, y, para seguir, ni siquiera sé quién es.

—Entonces explícame por qué estoy *hackeando* las imágenes de seguridad del Pacific Bay Lounge a las siete de la mañana.

Suspiré.

—Porque eres mi mejor amigo y porque trabajas para mí. No me seas mojigato, Corey: haces cosas mucho peores.

—¿Eso crees? —Se rio, pero luego se puso serio—. Venga, dime en qué intervalo tengo que mirar.

—El día de fin de año, entre las once y media y medianoche.

Corey empezó a pulsar el teclado y en las veinte inmensas pantallas que cubrían la pared de su despacho aparecieron números y estadísticas.

—Espera... ¿Ayer por la noche tuviste una cena de negocios tan tarde? ¿Desde cuándo te gusta hacer eso?

—Desde que el cliente vale quinientos millones de dólares. —Clavé los ojos en las pantallas, que ahora mostraban gente entrando y saliendo del salón—. Esa mujer tenía un vestido negro corto. ¿Sería posible que esa cosa busque imágenes por colores? Era pelirroja.

Me miró con una ceja arqueada.

—Me has dicho que la viste en la terraza, en el muelle, ¿verdad? Solo voy a fijarme en las filmaciones de las cámaras que graban esa zona... Dame un segundo. El *software* que llevan está anticuado... Y, ¡sorpresa!, no hay audio, solo vídeo.

En las pantallas comenzaron a aparecer imágenes del muelle a cámara lenta. La gente estaba en los sofás, bebiendo cerveza o bailando junto a los altavoces.

—Espera. —Me acerqué a las pantallas—. Es ella. Detén la grabación.

Las imágenes se congelaron de repente, y volví a clavar los ojos en la mujer.

Se paseaba por la terraza con una cerveza en la mano. Me fijé en que tenía apretados aquellos labios rosados. Desde el ángulo de las cámaras pude ver que el vestido se detenía en la parte superior de sus muslos, donde daba paso a unas piernas bien torneadas. Era incluso más sexy de lo que recordaba.

—Probablemente yo también pondría en peligro los recursos de la empresa para dar con ella. —Corey asintió de forma aprobadora—. ¿Cuántos años dices que tiene? ¿Cincuenta? Se conserva muy bien. Te lo digo yo...

—¿Qué? No sé qué edad tiene. No puede ser mucho mayor que yo.

Corey puso el vídeo en marcha y lo detuvo cuando ella se inclinó sobre la barandilla.

—Y lleva una copa D por lo menos... No está nada mal.

—¿Cuántos años crees que tiene?

—Yo diría que unos treinta o un poco menos. O todos son mayores que ella, o sabe dónde está escondida la fuente de la juventud eterna. En realidad, ahora que lo pienso, he leído un artículo sobre...

—Por favor, hoy no. —Negué con la cabeza—. Tienes que dejar de leer esos libros sobre conspiraciones. No existe la fuente de la juventud eterna.

—¿En serio? Lo cierto es que explicaría lo de Johnny Depp. —Cruzó los brazos.

Puse los ojos en blanco.

—¿Sabes qué? —continuó—. Si no estuviera ganando tanto dinero trabajando para ti, estaría ahí fuera, tratando de encontrarla yo mismo.

—Me alegra saberlo. ¿Existe alguna forma de acceder a las cámaras del aparcamiento? Necesito saber su número de matrícula para...

—¿Para qué? ¿Vas a acercarte a su casa y decirle «Hola. El otro día quería conocerte en la fiesta, pero cuando te busqué ya te habías ido. No te preocupes —dijo enseguida—, que le dije a un amigo que *hackeara* las cámaras de seguridad para poder conseguir tu dirección»? ¿En serio?

No pensaba decírselo precisamente así...

—Olvidalo. Todas las cámaras de la calle se gestionan y supervisan a través de tecnología Flynn, y es imposible *hackearlas*. Créeme, lo he comprobado.

—¿Y qué sugieres que haga?

—Mmm... Seguir adelante. —Apagó las pantallas—. Ni siquiera sabes su nombre. Sí, es preciosa, pero hay muchas mujeres guapas en el mundo. Estoy seguro de que todos podemos encontrar a otro en un abrir y cerrar de ojos. Hablando de eso: ¿por qué no le das a Vanessa una oportunidad? Está libre, es muy sexy y está loca por ti.

—Es una empleada. Va contra la política de la empresa. ¿No recuerdas que yo mismo ordené incluir una cláusula de no confraternización cuando fundé la compañía?

Puso los ojos en blanco.

—Lo que tú digas. Busca a otra pelirroja, las hay a cientos.

En eso tenía razón, pero nunca había pensado en una mujer después de verla por primera vez. Por lo general, eran necesarias un par de citas o unas largas llamadas telefónicas para que alguien ocupara mis pensamientos, y a esta ni siquiera la había conocido todavía.

Tampoco le había pedido nunca a Corey que buscara imágenes de alguien que me interesara. Nunca me había intrigado nadie tanto.

Me detuve en el aparcamiento del supermercado y suspiré. Por culpa de la limpieza en seco, me había tenido que poner una sudadera y vaqueros, así que debía ir a casa a por otro traje.

Se suponía que debía asistir a una reunión del consejo en una hora, pero, sinceramente, no me apetecía mucho. Quería volver a casa, apagar los móviles y fingir que no era el dueño de una importante compañía durante el resto del día.

Cada vez que me sentía así, me obligaba a recordar mi pasado más doloroso: eran recuerdos que servían para que me diera cuenta de que me debía sentir feliz con lo que poseía, que todavía podría estar viviendo en un parque de caravanas, junto a los basureros, rogando a mis vecinos que me regalaran sus sobras.

Sin embargo, a veces eso no era suficiente. Empezaba a odiar mi empresa y todas las obligaciones que conllevaba.

Durante los últimos meses, el consejo me había presionado para que despidiera a miles de empleados de los escalafones más bajos. Juraban que eso nos llevaría a ahorrar millones, pero yo no quería hacerlo. Si debía despedir a alguien para poseer más dinero, despediría a los ganaban más, los altos ejecutivos, que pasaban más tiempo en el campo de golf que en sus despachos.

De hecho, desde que había tomado la decisión de trasladar la sede de la compañía desde Nueva York a San Francisco, seis años antes, los miembros del consejo habían cuestionado todas mis decisiones, como si yo no hubiera puesto en marcha la empresa sin su apoyo.

Si no hubieran sido sus donaciones las que habían ayudado a que mi primera compañía de *software* —un trabajo que estaba desarrollando en la universidad— se transformara en un imperio de mil millones de dólares en solo una década, los habría mandado a la mierda hacía años.

¿Por qué había querido ser el director general? ¿Por qué no lo vendí todo cuando terminé la universidad?

Me empezó a sonar el móvil otra vez. Se trataba de un número de Ohio, donde estaba el centro de rehabilitación de Allen.

Vacilé sin saber si debía responder o no mientras dejaba que continuara el estribillo de *Clocks*, de Coldplay, antes de contestar.

—Papá —dije.

—Jonathan, ¿cómo estás, hijo?

—Bien.

—¿Y qué tal la compañía?

—Genial.

—No tienes por qué ser tan seco. Solo te he llamado porque... porque llevo mucho tiempo sin saber nada de ti. Quería darte las gracias por ingresarme todo ese dinero en mi cuenta la semana pasada.

—Hizo una pausa—. He comprado miel y champú azul... ¿Vas a asistir a la graduación de tu madre?

—Siempre voy a sus graduaciones. Parece que cada año tiene una... Suspiró.

—Dice que va a seguir limpia esta vez. Me lo ha prometido.

—Vale. Te creo —repuse, como siempre.

—El mes pasado lo decía en serio. Quiero formar parte de tu vida otra vez, Jonathan. Sé que no he sido el mejor padre del mundo, pero... siempre me he sentido muy orgulloso de ti, y quiero arreglar nuestra relación en cuanto sea posible.

—Esta llamada está siendo grabada y registrada por el Departamento de Rehabilitación de Ohio. Quedan treinta minutos. —La voz automatizada, tan familiar, resonó en la línea.

—Vale —suspiré—. Bueno, intentaré recordarlo. Te escribiré esta semana, y... no olvides que hace seis años te prometí llevarte una cerveza. Espero que no te hayas olvidado.

—Lo recuerdo. Y sigo esperándolo, hijo.

—Adiós. —Y colgué.

Sabía que debía haber mostrado más entusiasmo ante su llamada, o ante la confirmación de que mi madre había salido de las drogas,

pero la emoción tiende a disminuir cuando alguien recae doce veces, cuando alguien te decepciona tanto que ya no crees en él.

Traté de borrar de aquellos pensamientos sobre mis padres mientras metía la marcha atrás. Estaba a punto de pisar el acelerador cuando, de repente, oí el chirrido de un carrito de la compra por detrás.

Miré por el retrovisor resignado, dispuesto a apretar la bocina, pero vi que quien estaba allí era la preciosa mujer a la que había visto días antes.

Vestía una falda tubo de color gris oscuro y una blusa de seda rosa. Llevaba el pelo peinado de otra forma, suelto, y parecía que el viento disfrutaba jugando con él mientras ella avanzaba.

Empujó el carrito por delante del coche sin fijarse en mí, aunque eso no impidió que vislumbrara sus ojos verdes.

La estudié mientras entraba y apagué el motor.

Antes de que pudiera salir del vehículo, me sonó de nuevo el teléfono. Era el Centro Oasis de Medicina y Rehabilitación.

Mi madre.

«Esto, por no querer pensar hoy en el pasado...».